



Parroquia Espiritu Santo

Riópar—Albacete

11-12 de setiembre 2010

Fiestas de la Virgen de los Dolores



Han finalizado las Ferias de agosto, y ya nos preparamos para la Fiesta de Nuestra Señora de los Dolores.

Han sido mis primeras Ferias y he tenido el gusto de compartir muy buenos momentos con mucha gente, y eso es muy lindo, pues todos tienen un deseo entrañable por volver al Pueblo, por encontrarse con la familia, con los amigos, con sus lugares preferidos...

Y, también, para estas Fiestas se vuelve, pues el amor a la Virgen está en el corazón de cada uno. Así como las raíces de la familia aún están vivas, y nos llaman a retornar, el Amor a María, que nos transmitió la familia, también nos lleva a volver a encontrarnos con Ella.

Por eso estamos preparando una hermosa Fiesta. Una fiesta que se preparara, primero, en el corazón. Por ello la oración es el primer paso, necesario, en todo encuentro con María.

Y la oración que Ella privilegia es un conjunto de Rosas, que uniéndolas se transforma en el Rosario. Cada Ave María, cada Padre Nuestro, son una Rosa de hermosos colores que le regalo a María. Una rosa que lleva todos nuestros deseos, intenciones y agradecimientos. Y que María transforma en Gracias para nuestra vida interior.

Gracias, que son regalos enormes de los que jamás hemos tenido deseos, pues muchas veces le pedimos cosas a María,

que no nos son necesarias, y Ella nos regala, realmente, lo que es esencial en nuestras vidas.

Y, luego de toda una semana de oración, llegamos al día de los grandes festejos. Festejos que han sido preparados por el Ayuntamiento, pero a los cuales nos unimos para celebrar el Día de Nuestra Patrona, y qué mejor que celebrar el Día de Nuestra Madre, festejando juntos, unidos como hermanos, compartiendo la alegría de La Pita, y el gusto de sentarnos en la misma mesa a comer los mejores manjares de la Sierra.

Por eso, disfrutemos del gozo espiritual de ser sus Hijos y gocemos del encuentro entre hermanos, junto a María, Nuestra Madre.

Para saber más de... María...

- María fue virgen antes del parto, en el parto y después del parto.

La virginidad de María es uno de los mayores milagros obrados por Dios. Es un privilegio íntimamente unido al de la maternidad divina, y armoniosamente relacionada con la Inmaculada Concepción y la Asunción gloriosa. María es la Virgen por antonomasia, la reina de las vírgenes, la Madre de la virginidad, la pureza personificada.

Fue *virgen de mente*, es decir, vivió un constante propósito y deseo de virginidad, evitando todo aquello que repugna a la perfecta castidad. Hace referencia a la entrega total a Dios de la Virgen.

Virginidad también de los sentidos es decir, inmunidad de los impulsos desordenados de la concupiscencia. *Virginidad del cuerpo*, es decir, integridad física antes del parto, en el parto y después del parto. Nuestra Madre fue siempre virgen y vivió una castidad gozosa.

Para nosotros, la Virginidad de María es una llamada a vivir la Santa pureza, indispensable para contemplar a Dios y para servir a nuestros hermanos los hombres. No es posible servir a los demás sin vivir esta virtud, tan contraria al egoísmo.

Fernandez-Carvajal, F., Antología de textos, p. 1485

Propos a María...

"Este hilo de agua celestial ha descendido a nosotros por un acueducto que nos distribuye el agua de la fuente, no toda de una vez, sino que hace caer la gracia gota a gota sobre nuestros corazones resecos, a unos más, a otros menos. El acueducto está lleno, de suerte que todos reciben de su plenitud, sin recibir la plenitud que él contiene.

Si no me engaño, ya habéis adivinado cuál es este acueducto que, recibiendo la plenitud de la fuente

que brota en el corazón del Padre, nos distribuye en seguida a nosotros lo que somos capaces de recibir. Sabéis, en efecto, a quién se dirigían estas palabras: *Dios te salve, llena de gracia...*"

San Bernardo.

"Las madres no contabilizan los detalles de cariño que sus hijos demuestran; no pesan ni miden con criterios mezquinos. Una pequeña muestra de amor la saborean como miel, y se vuelcan concediendo mucho más de lo



que reciben. Si así reaccionan las madres buenas de la tierra, imaginaos lo que podremos esperar de nuestra Madre Santa María".

San J. Escrivá de Balaguer

Son muchas las maneras de honrar a María. “Muchos cristianos hacen propia la costumbre antigua del escapulario; o han adquirido el hábito de saludar –no hace falta la palabra, el pensamiento basta– las imágenes de María que hay en todo hogar cristiano o que adornan las calles de tantas ciudades; o viven esa oración maravillosa que es el santo rosario, en el que el alma no se cansa de decir siempre las mismas cosas...”

San J. Escrivá de Balaguer

San Lucas 1, 15-10

En aquel tiempo los publicanos y los pecadores se acercaban a Jesús para oírlo. Y los fariseos y los maestros de la ley lo criticaban: «Éste acoge a los pecadores y come con ellos».

Entonces les propuso esta parábola: «¿Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y se le pierde una, no deja las noventa y nueve en el campo y va en busca de la perdida hasta que la encuentra? Cuando la encuentra, se la echa

sobre sus hombros lleno de alegría, y, al llegar a casa, llama a los amigos y vecinos y les dice: ¡Alegraos conmigo, porque he encontrado mi oveja perdida!

Pues bien, os digo que habrá más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse».

«O ¿qué mujer que tenga diez monedas, si pierde una, no enciende una luz y barre la casa y la busca cuidadosamente

hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, llama a sus amigas y vecinas y les dice: Alegraos conmigo, porque he encontrado la moneda que había perdido.

Os digo que así se alegrarán los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente».



Homilía del evangelio—D. Fabián

En este Domingo (XXIV durante el año) el Evangelio de San Lucas nos presenta, en labios de Jesús, tres parábolas que pueden llegar a ser similares, pero también diferentes. La primera es la actitud del Pastor que va detrás de la oveja perdida, y al encontrarla lo celebra con sus amigos, pues recuperó la oveja perdida.

Una actitud similar con la mujer que pierde una moneda y hace todo lo que puede por recuperarla y, al encontrarla, lo celebra con sus vecinas.

Las dos actitudes son una muestra de la “alegría entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta”.

Aquí nos muestra una actitud activa de búsqueda: búsqueda por lo que se perdió, por que nos duele que se haya perdido: cosas o valores que por alguna situación o circunstancia los perdimos y que para nosotros son importantes, por ello es imprescindible ponernos en la búsqueda pronto de lo mismos.

Claro que para ello tenemos que saber qué es lo que perdimos, y, si, lo que perdimos, era importante o esencial para nosotros.

Si lo ponemos en función de la lectura del libro del Éxodo, vemos que Dios se enfada con el Pueblo que perdió su confianza en Él y por ello se hizo un toro de metal al cual le ofrecía sacrificios y holocaustos. El Pueblo había perdido la fe, la confianza no sólo en Dios, sino en el instrumento, Moisés, que hablaba de parte de Dios. En este caso fue Dios, en su insistente pedagogía, que por medio de Moisés le hizo descubrir lo que perdía: su relación con Él.

Hoy, en nuestros días, no nos hemos fabricados becerros de oro o metal, pero ¿no estamos en situación parecida al Pueblo de Israel que narra el

Éxodo? Nuestra confianza en Dios quizás no es la mejor, nuestra Fe no está madura, nuestros valores cristianos están desapareciendo de nuestras vidas y comunidades. O, en todo caso, no los estamos defendiendo como es debido y no sólo en nuestras vidas, sino en la de los que viene siguiendo nuestros pasos.

¿Nos damos cuenta de ellos? ¿Notamos qué es lo que perdemos cuando cambiamos nuestros valores cristianos por valores paganos o meramente humanos? Es por eso que no vamos detrás de ellos a buscarlos, no sentimos que nos están quitando lo mejor de nuestras vidas como Hijos de Dios: nuestros valores que nacen de la Fe, que hacen que nuestra vida de Fe sea madura, entregada, que de sentido a nuestras vidas.

Y aquí comienza la tercera parábola: el mundo nos hizo creer que podíamos vivir sin el padre, que si le pedíamos lo que nos correspondía, él nos lo daba, y, cómo ya somos maduros nos decidimos a usar nuestra libertad de acuerdo a nuestros propios criterios. No queremos que nadie nos diga cómo vivir o qué hacer. Por eso salimos por los caminos del mundo buscando nuevas sensaciones, nuevos placer, que nos hagan sentir vivos. Pero fuimos gastando todo lo que teníamos: esperanza, alegría, sentido para vivir, grandes ideales...

Es en ese momento cuando el hijo descubre que no tiene nada que alimente su vida, y, por ello, casi muerto de hambre decide volver al Padre.

Recién cuando se está en el fondo del lodo,

cuando no nos diferenciamos de los gorrinos, es ahí cuando nos damos cuenta que hemos perdido nuestra dignidad, no sólo como hombres, varones y mujeres, sino como Hijos de Dios. Aunque hoy nos quieran hacer creer que se está luchando por la dignidad del hombre, vemos que el hombre, el varón y la mujer, cada día tienen menos dignidad, menos identidad. Y no nos damos cuenta, creemos que la modernidad es lo mejor, que la antigüedad de la Iglesia no piensa en el hombre y busca siempre oprimirlo.

Pero no fue el Padre quién salió a buscar al hijo, no. El hijo conocía el camino y sabía cuál era su lugar. Su dolor y su hambre por algo mejor le hizo reconocer su error y, poniéndose de pie, buscar el perdón del Padre y retornar a su vida de hijo. Una vida de hijo que le devolvió la dignidad y la verdadera vida, Vida que brota de reconocer que somos, ante Dios, pequeños, indefensos, que sólo Él es quien nos conoce mejor que nosotros mismos y quien tiene el poder para llevar a ser en plenitud lo que soñamos, que es Su Sueño para nosotros.

Quiera Dios que el hombre de estos tiempos no tenga que llegar a este fondo tan horrible de sentirse un animal más para darse cuenta de sus errores, sino que viendo y sintiendo el dolor de la ausencia de Dios en su vida, pueda retornar a su vida de Hijo de Dios, pueda encontrar sus propios valores cristianos y humanos, que son los que le dan verdadera libertad y plenitud a su vida.

